

Centro de EPA «La Verneda-Sant Martí» Un pequeño milagro cotidiano

Josep M^e Cuenca*



Educación de Adultos, enseñanza reglada, enseñanza no reglada, práctica pedagógica

En el barrio barcelonés de La Verneda de Sant Martí, un proyecto integral e integrador de Educación de Personas Adultas (EPA) cumple en 1998 sus primeros veinte años de vida. En el presente artículo se expone sucintamente el qué y el cómo de este estimulante caso de desarrollo comunitario nacido y madurado no precisamente en las mejores condiciones posibles. Asimismo, se describe la actividad desarrollada durante una jornada en el centro y, al final, se recogen unas cuantas impresiones de algunas de las muchas personas que comparten la responsabilidad de lograr cotidianamente un pequeño pero no por ello menos verdadero milagro: el de compartir y descubrir, el de aprender y enseñar.

Nacido en el auge de la construcción especuladora y marcado por las carencias arquitectónicas y urbanísticas propias de esa época, el periférico barrio barcelonés de La Verneda parece hoy bastante más habitable que en los años setenta y anteriores. Sin embargo, el notable incremento en los últimos años de la habitabilidad de este barrio, que alberga, según el más genuino estilo de ciudad dormitorio obrera, a unas 60.000 almas, no es en absoluto atribuible a razones de orden infraestructural, de equipamientos, sin que ello signifique obviar la evidente importancia de los mismos en relación con la calidad de vida. Las razones profundas del mencionado y deseable cambio para bien hay que buscarlas en la actitud de muchas de las personas que han construido y habitado el barrio de La Verneda hasta el día de hoy. Personas marcadas por la obstinación de una resistencia vital cotidiana y dura que arranca, en la mayoría de los casos, en los años cincuenta y sesenta desde zonas de España que a falta de poder exportar cosas insensibles exportaron, como bien es sabido, a su gente. En efecto, para llegar a la realidad actual —maticémoslo, nada idílica, pero comparativamente mucho más habitable que otrora— han tenido que sufrirse y superarse historias de aislamiento urbano, social y económico.

■ Veinte años de vida

El movimiento humano (y *habitabilizador*) del barrio al que aludimos aquí ha contado también con su expresión educativa. Nació concretamente en



el año 1978, gracias a la suma de voluntades de diversos movimientos vecinales y cívicos: se trata, por supuesto, del Centro de Educación de Personas Adultas «La Verneda-Sant Martí».

Desde un primer momento conviene dejar muy claro el carácter de proyecto integral que define al centro. Desde sus orígenes, la intención de sus promotores ha sido entender el ámbito educativo como profundamente polivalente y participativo tanto formativa como organizativamente, y al mismo tiempo, concebir el propio centro como elemento activo en el desarrollo comunitario, global, del barrio. En sintonía con todo esto, y desde bases pluralistas y democráticas, una seña

El centro tiene un carácter polivalente y participativo.



GUILLERM HUERTAS.



GUILLERM HUERTAS.

**La enseñanza
reglada incluye
alfabetización,
neolectores,
certificados
de estudios
y cursos
de graduado
escolar.**

de identidad y un principio innegociable del centro ha sido la gratuidad, felizmente mantenida hasta el día de hoy, en que la escuela cuenta con más de 1.600 alumnos, si bien en realidad habría que decir más justamente alumnas, por cuanto más del 80% del alumnado son mujeres.

Hoy, la escuela ocupa un edificio que tiempo atrás había sido residencia de la «Sección Femenina del Movimiento» y que en los primeros momentos de la denominada «Transición» quedó completamente abandonado. Sus siete plantas —no sin deficiencias más o menos notorias— constituyen la sede del Centro Cívico de Sant Martí de Provençals, que alberga, aparte de la Escuela de Personas Adultas, otros centros de índole social, como una guardería, un *casal d'avis* (centro social de jubilados), un *casal infantil* (centro de infancia) o una biblioteca.

■ Qué se ofrece

El propio horario diario del centro es una prueba concluyente del aprovechamiento del tiempo y la ampliación al máximo de lo posible de la oferta formativa y vivencial. Dicho horario va de las nueve de la mañana a las diez de la noche, pudiendo ser ocasionalmente modificado en función de alguna que otra actividad.

En todo caso, tres son los ejes permanentes de la oferta formativa dirigida a la población adulta del barrio: el de la formación básica, el de la formación cultural y el de la formación ocupacional.

Por lo demás, la historia del centro demuestra una sana preocupación por ofrecer y estimular una gran diversidad de actividades que se proponen y desarrollan colectivamente. Y la oferta actual sigue dando muestras de ello.

En cuanto a la enseñanza reglada, la oferta es la siguiente: alfabetización, neolectores, certificado de estudios primarios, pregraduado y graduado escolar. Los cursos de pregraduado y graduado escolar están estructurados de manera modular por cuatrimestres. Recientemente, este sistema

modular ha sido ampliado: antes sólo afectaba a las ciencias sociales y a las naturales y ahora los módulos abarcan todos los ámbitos. La ampliación se produjo a raíz de una demanda de los participantes de la escuela (en el centro, en vez de hablar de alumnos se habla de participantes). Se entendió que el sistema modular resultaba inmejorable a la hora de trabajar y profundizar en la materia abordada, posibilitaba introducir la optatividad y permitía conocer la realidad de un modo global y cercano.

En lo que respecta a la enseñanza no reglada, existen diversas actividades, desde talleres de la más rica y curiosa diversidad, a clases de catalán de diversos niveles, pasando por ciclos monográficos, conferencias y los muy solicitados viajes y excursiones. La oferta formativa se completa con otros talleres (como informática, sevillanas, sexualidad o sardanas) y el programa de fiestas que se celebran a lo largo del curso, las cuales son íntegramente planificadas por los participantes organizados en comisiones.

Para sacar adelante estas actividades —y lo que es más importante, el proyecto de desarrollo comunitario del que aquéllas forman parte—, el centro cuenta con tres profesoras que aporta la Generalitat y que trabajan a tiempo completo; con tres personas más pertenecientes a las dos asociaciones de alumnado y ex alumnado con que cuenta la escuela, «Àgora» y «Heura»; y con lo que constituye una muestra elocuentísima de hasta qué punto en el proyecto del centro está implicado a fondo el propio barrio: un conjunto de colaboradores que supera las 90 personas.

■ Una jornada particular

Con los datos básicos de la escuela en la mano, se establece con Montse, auténtica veterana en el proyecto, un pequeño plan de acceso directo a las prácticas cotidianas en las aulas. Se procura idear un itinerario variado que al término de una jornada nos permita hacernos una idea lo más

completa posible del ambiente y el estilo de trabajo dominantes en el centro. El día elegido es un miércoles.

Poetisas y neolectoras

A las nueve y media de la mañana ha de iniciar su actividad un grupo del nivel denominado neolector. Participan en él 15 alumnas, cuya edad en la mayoría de los casos oscila entre los cuarenta y los cincuenta y tantos años aproximadamente; sólo cuatro de ellas andan entre los dieciocho y los veintipocos. El ambiente es bueno, desinhibido y algo ruidoso. Se observa en casi todas cierto cuidado en la indumentaria. Minutos antes de que llegue al aula Nuria —que hace de profesora aunque, como enseguida quedará claro, rechaza de plano el empleo del término—, Dolores sugiere leer un poema que ha escrito para su

madre, muerta tiempo atrás. El texto que ha escrito y lee es exactamente éste:

«a Mi Madre de Mi alma
dedico esta poesía
aunque lla no está conmigo
llo la nombro ca da día
quedo biuda Mui joben
y sín co yjos tenía pa sacalos
adelante sus penitas pasaría
en el canpo trabajaba desde
a Maneser el día pero nunca
se dormía y a la luc de un candíl
Nuestra ropa Nos cosía aora
lla no la tene Mos se no fue
al sielo un día y des de aquí le
deseamos que descanses Madre Mía
bela tu Mucho por ella
bírgensita Mía»

Dickens, ese exagerado

Los lunes, hacia las ocho de la tarde, tiene lugar el taller literario. A él asisten más de 25 participantes, la inmensa mayoría mujeres y mayores de 40 años. Todo el mundo se ha colocado formando un democrático círculo, dentro del cual está, como uno más, Ramón, que modera, por decirlo de algún modo, el funcionamiento del colectivo (en otro contexto se diría de él que es el profesor). El ambiente es excelente y minutos antes de empezar propiamente el taller se cantan varias canciones con letra de Federico García Lorca. Conducen la actividad —guitarra incluida y muy bien, dicho sea de paso— dos muchachas y un muchacho de raza gitana. Alguno de los participantes acompaña el canto batiendo palmas. Al concluir la sesión musical, se saca el ejemplar del libro con el que se está trabajando (hay quien aún no lo tiene y alega dificultad para encontrarlo). En esta ocasión se comenta un fragmento del *Oliver Twist* de Charles Dickens. Nada del otro mundo si se tiene en cuenta que ya se ha trabajado el *Ulises* de Joyce, en la venerable traducción de José María Valverde.

La cosa empieza con leves tubeos, pero pronto cualquier forma de inhibición desaparece

y la gente participa con evidente motivación. Una opinión bastante compartida es que la obra es «conmovedora» y «triste» y, en la misma línea, se añade que «oprime el corazón». Muy pronto el debate se instala entre la experiencia vivida y el presente. Se relatan en primera persona varios casos de penalidades vinculadas a la emigración. Por un momento Dickens parece olvidado por completo. Pero no es del todo así: va y vuelve, en función del interés de los participantes y de alguna tenue indicación de Ramón. Una señora de unos cincuenta y tantos años advierte una errata en su libro, responsabilidad de toda una potencia editorial en nuestro país. El teólogo de la liberación Leonardo Boff, que ha estado recientemente en Cataluña, se hace por un ratito protagonista exclusivo de la reunión. Y no falta quien establece paralelismos entre la sociedad descrita por Dickens en su novela y la del Tercer Mundo analizada por Boff. Por lo demás, el Papa no sale muy bien parado.

Pero, en efecto, más tarde se regresa a Dickens en particular, y a la literatura en general. Una lectora relaciona *Oliver Twist* con el *Lazarillo*. Y poco a poco aparecen otras referencias lite-

rarias: *Los Miserables* de Hugo, *Germinal* de Zola... Una participante considera que Dickens exagera, que se recrea en la crueldad humana. Lo cual, según se dice, endurece la lectura por cuanto no da un solo respiro al lector. Dicha opinión resulta considerablemente secundada. No obstante, hacia el final del taller se citan dos casos de fina ironía dickensiana; dos casos que han arrancado más de una sonrisa durante la lectura e incluso durante su comentario. Nadie subraya la evidente contradicción entre el calificativo de exagerado dirigido al genial narrador británico y la constatación de su humor. El asunto exigiría, cuando menos, una matización, pero nadie la hace.

Quizás Ramón podría haberlo hecho, pero conscientemente prefiere intervenir lo menos posible. Él, a lo sumo, sugiere, propone, reconduce, todo lo más. Se nota que disfruta del carácter netamente dialógico del taller. Y cuando al final del mismo lo comenta, habla de «concienciación» —concepto clave en Freire—, matiza el término, y confiesa lo prodigioso que resulta para él, hombre profesionalmente vinculado a la universidad, la cita semanal como un participante más en el taller literario.



La «diapo», Josefina, el alcalde y Florencia

En relación con los talleres del centro, circula entre la gente una curiosa anécdota ciertamente *narrable* de unos hechos acontecidos durante el curso 1984-1985.

Cierto día, en plena campaña electoral —iban a celebrarse las municipales— el *alcaldable* de los socialistas Pasqual Maragall desembarcó con su equipo en el Centro Cívico de Sant Martí y no perdió la ocasión de visitar la escuela. Al hombre se le ocurrió irrumpir en una sesión del taller de historia del arte justo en el instante en que se estaba comentando una diapositiva del David de Miguel Ángel, escultura confinada en la Galería de la Academia de la muy bella ciudad italiana de Florencia. Maragall rompió el hielo del encuentro indicando a los presentes la ciudad en que se encontraba el celeberrimo trabajo de Buonarroti. Josefina, alumna del centro y gallega por más señas, replicó al personaje público con un gran desparpajo. Sus palabras fueron,

más o menos, éstas: «Claro, usted lo sabe porque puede permitirse el lujo de viajar». Maragall tomó la *patata templada* de Josefina —difícil ver mordacidad mal intencionada en lo que dijo— y llegó a comprometerse —no sin poder evitar, según cuenta algún testigo presencial, un mohín de inquietud en el rostro de alguno de sus asesores— a hacer números y financiar un viaje del grupo a la capital toscana.

Tras muchas horas de sencillos y al mismo tiempo complejos cálculos de recursos varios, la gente de la escuela no sólo logró visitar Florencia durante una semana, sino que consiguió asimismo que lo hiciera el mayor número posible de personas: unas 50 en total, algunas de las cuales tan sólo conocían su pueblecito natal gallego o andaluz y los estrechos límites del barrio barcelonés que hicieron suyo, La Verneda. Una de esas personas tenía 84 años de edad.

Pero si bien el viaje resultó

del todo inolvidable, no se pudo evitar algún que otro percance. Por ejemplo, que un grupo de alumnos de alfabetización deseara tanto visitar Venecia que, ni corto ni perezoso, lo hiciese por su cuenta. Evidentemente, semejante cambio de planes provocó más de un problema.

Lourdes recuerda con precisión milimétrica el trabajo previo al viaje. El trabajo de preparación cultural. No hubo un palmo de arte florentino conocido que no fuese examinado por la singular expedición. Los participantes del grupo de historia del arte fueron los guías de las visitas.

De este modo se iniciaron los grandes y muy solicitados viajes organizados desde la escuela y, en algunos casos, utilizando el sistema de intercambio. Hasta el día de hoy se han visitado Roma, París, el Pirineo aragonés, Madrid, Andalucía, Londres, la ruta de los castillos cátares y un largo etcétera de lugares.



En general, todas las compañeras elogian los versos de Dolores y algunas se interesan por detalles concernientes a su madre y su familia. Pero apenas hay tiempo para valoraciones más pormenorizadas: Nuria entra en la clase y da los buenos días.

En el aula, todas las mujeres trabajan con el libro *Vivencias y recuerdos*, de la editorial El Roure. Mientras lo ponen al alcance de sus manos, Nuria borra la pizarra y pide que alguien se levante para escribir el día de la semana y del mes. Así sucede. Acto seguido, Nuria pregunta: «¿Qué queréis hacer?». Finalmente, se decantan por un dictado. Nuria lee con gran lentitud, vocalizando en todo momento con extrema claridad. Al mismo tiempo, va echando vistazos a las hojas de la gente, y pide en ocasiones que se lea lo escrito en ellas en voz alta.

Hacia las diez menos diez entra Laura, pide perdón por su retraso y se sienta. De inmediato se incorpora a la tarea común. Y bastante comunes resultan también las exclamaciones motivadas por la dificultad que parece imponer el ejercicio. Nuria acompaña y ayuda constantemente, y dice: «Quiero que leáis lo que escribís antes de preguntarme si está bien». De repente

aparece en el texto la palabra «aprendiendo». Nuria pregunta qué acción indica. Esperança responde de inmediato con feliz y espontánea ingenuidad, sin la menor vehemencia: «Lo que nosotras estamos haciendo».

Algunas participantes escriben *en andaluz* (por ejemplo, «mosa» en lugar de «moza»); es algo bastante habitual. Nuria anima a menudo con un «muy bien», e incluso en alguna ocasión —pocas— escribe en la pizarra alguna de las palabras que más problemas pueden causar. Entretanto, Filomena reparte amablemente caramelos.

El tiempo transcurre activa y gratamente, y para que los momentos de breve distensión no se conviertan en desconcentración definitiva, Nuria exclama: «¡Estáis muy charlatanas hoy!».

Al concluir el ejercicio, se pasa a otro de lectura. Es Feliciano quien empieza, alargando las sílabas y en voz más bien baja, y poco a poco va interviniendo todo el mundo. Aun cuando la mayoría de ellas siguen la lectura con la ayuda del dedo índice sobre el texto, muchas se pierden una y otra vez. Por ejemplo, Rosa, que se resitúa en el momento preciso en que le toca leer con la ayuda de Nuria. La lentitud, en cualquier caso, es un rasgo casi generalizado.

Una vez leído el texto es animadamente comentado. Y entre palabra y palabra se inicia, como si nada, un suculento debate. Todo ha empezado porque Manolita ha dicho sin el menor ánimo de sentar cátedra que «somos tan burros...», para, a renglón seguido, añadir: «Mis hijos no serán como su madre». La otra Manuela discrepa con gran convicción. Niega rotundamente que se sea burro de nacimiento, sino que se es burro por razones externas al individuo. En ello tiene mucho que ver, en su opinión, el dinero. Para ella «los hijos de los burgueses iban a la escuela, mientras los demás empezaban a trabajar con siete años». Ahí está la diferencia. Nuria, que ha asistido como una más a la discusión, interviene un instante para decir que «nadie en este mundo es burro por el hecho de no saber leer ni escribir». Lo que en un primer momento parecía un malentendido ha permitido poner sobre la mesa un buen número de razones y análisis de carácter social y económico.

La clase, que tiene dos horas de duración, va llegando a su fin. Nuria pide que se lea individualmente el texto dictado para intentar practicar la autocorrección, y elogia la letra clara y grande de una de las alumnas. Por último, se pasa a la realización de una cuenta. En concreto, se trata de la siguiente suma: $56984 + 7103$.

Nuria explica el mecanismo de comprobación como un truco, y hay quien no lo entiende pero tira adelante. Otras resuelven la operación con gran rapidez y pasan a la resta que ha sugerido Nuria en caso de tener tiempo de sobra.

La clase concluye, pero antes de salir del aula

Filomena desea mostrar al periodista hoy presente entre ellas sus dotes de poeta. Recita de memoria, sin titubear y con estrictísima rima —casi siempre rigurosamente consonante—, dos poemas de su propia cosecha: uno mordazmente dedicado a Felipe González y otro dedicado a los maridos tacaños. El ejercicio no carece de brillantez, y Filomena lo sabe. Sus compañeras parecen acostumbradas a sus recitales, pero no por ello dejan de escucharla. Antes de irse, la poetisa —que, además, ya ha sido premiada en algún concurso organizado por la escuela— manifiesta su intención de grabar sus versos en un cinta de casete.

A la salida, Nuria, amablemente, conversa unos minutos conmigo. Tiene 25 años y es pedagoga, y colabora aquí desde hace dos años. Disfruta con ello y se nota. También se nos une Dídac; es, junto con ella, el responsable del simpático y voluntarioso grupo descrito. Él es un hombre del barrio muy activo y conocido; tiene 68 años y hace cuatro que colabora en la escuela.

Historia oral e historia viva

A primera hora de la tarde empieza su trabajo un grupo de alfabetización. Hoy es una jornada no del todo convencional. Aprovechando una exposición municipal montada en la sala de actos de la planta baja, Lourdes y Montse han reunido allí al mencionado grupo de *alfa*, a otro neolector y a un tercero de certificado. La intención no es otra que comentar a fondo y colectivamente dicha exposición, que trata del centenario de la agregación del barrio a la ciudad de Barcelona. Mediante un Real Decreto de 20 de abril de



GUILLEM HUERTAS.
En la enseñanza no reglada, se imparten clases de informática.

La palabra impresa

Una experiencia como la del centro de La Verneda no podía carecer de un medio de expresión escrita. La revista lleva por nombre *Celobert* (patio de luz) y está escrita en catalán y en castellano; aparecen muchas firmas en cada uno de sus números y su periodicidad —como suele suceder en casos por el estilo— es un pelín guadianesa. La revista pertenece a las asociaciones de participantes «Àgora» y «Heura», pero está a disposición de cualquier movida o persona del barrio que sienta el deseo o la necesidad de expresarse o informar acerca de algo. Antes de *Celobert* existió otra revista, *Som-hi*, un vehículo de información sobre todo del centro, de efímera existencia. Ante la dificultad que la publicación plantea, en estos momentos se estudia, junto con otras entidades del barrio, sacar adelante una revista conjunta con secciones específicas para todas las entidades.



1897, Sant Martí de Provençals, junto con Sants, les Corts, Gràcia, Sant Andreu y Sant Gervasi, dejaron de ser municipios independientes para pasar a depender de Barcelona.

Inicialmente es Lourdes quien lleva la batuta de la explicación. Enseguida se aprecia su experiencia docente. Apoyándose en los paneles de la exposición, profusamente ilustrados, explica y estimula, preparando así lo que poco más tarde será una sesión tan participativa como rica en datos y emociones. Montse, sentada entre el numeroso grupo una vez más mayoritariamente femenino, interviene de vez en cuando para complementar los comentarios de su compañera. Se habla del mundo del trabajo, del pasado rural, de las fiestas patronales y populares, de movimientos cooperativos y de carácter popular, de educación, de sociedades recreativas... en lo que hace 100 años era un pueblecillo y hoy es el barrio de todos los presentes.

Cuando Lourdes considera suficiente su introducción, sugiere que se sienten todos en círculo (antes, la conveniencia de observar los paneles ha impedido adoptar dicha disposición, que es la habitual en toda la escuela).

Tras un rápido movimiento de sillas, es Montse quien interviene

para apuntar que, además de explicar lo sucedido en y con el barrio hace cosa de 100 años, no estaría nada mal que cada cual explicara lo que lleva vivido. La idea provoca entusiasmo y dispara la participación; de entrada, algunas participantes evocan pervivencias rurales.

Después de una serie de breves intervenciones moderadas por Lourdes, Elvira, de 55 años y natural de la localidad alicantina de Orihuela, se sumerge en la narración apasionada de la dura odisea de los emigrantes de Andalucía y otros lugares de España llegados a la Barcelona del primer franquismo.

Por su parte, una de las participantes más locuaces, Victoria, recuerda con cierto énfasis la situación de los habitantes de las barracas de Montjuïc, así como los requisitos exigidos por las autoridades para no ser confinado allí. Y no falta quien pertinentemente recuerda la ironía del tiempo, capaz de hacer, años más tarde, de aquel campo de concentración de pobres no declarado el centro neurálgico del faraonismo olímpico maragalliano. Victoria cautiva con su relato, que expone sin concesiones: «Yo he luchado mucho, pero no tengo nada. Porque los pisos que compramos con enorme esfuerzo eran una mierda».

La experiencia de Rosario también resulta muy interesante. Ella vino de Baena (Córdoba) en 1953. Eran en total 10 hermanos huérfanos de padre, pues éste había desaparecido durante la guerra civil. El recuerdo de su llegada a Barcelona logra poner la piel de gallina a quien la escucha: en Somorrostro, a la orilla del mar, se instaló en un débil y miserable chamizo de dos habitaciones —por llamarlo de algún modo— que albergaba sin remedio a 12 personas. Era un día de tormenta y el mar se los iba tragando poco a poco. Por fortuna no sucedió nada irreparable: tan sólo la dura miseria cotidiana. Tiempo después, con tan sólo 12 años, Rosario se fue a ser-

Escola d'Adults

La Verneda Sant Martí

Cursos d'Alfabetització, Certificat i Graduat

Tallers d'informàtica, anglès, sevillanes, pintura, inercramé, tridimensional, sexualitat, actualitat, literatura, ceràmica, lectura, ortografia, conversa de català, socials, naturals...

¡CLASSES
GRATUÏTES
PER ADULTS!



Hacia un aprendizaje integral

El Centro de Educación de Personas Adultas «La Verneda-Sant Martí» ofrece un amplio abanico de actividades formativas a toda la población adulta del barrio y también organiza actividades culturales abiertas a todo el barrio. Como miembro de VERN (Coordinadora de Entidades de La Verneda), colabora en el debate permanente para la mejora de la calidad de vida del barrio, así como en la organización de actos culturales y festivos como la fiesta mayor.

El centro fue creado en 1978 a partir de las reivindicaciones populares; por ello desde sus inicios el centro está estrechamente vinculado con el movimiento vecinal y asociativo del barrio. Este hecho ha favorecido que los vecinos y vecinas del barrio consideren el centro como propio y que las entidades sigan de cerca su evolución, haciendo un proyecto popular, abierto y democrático.

Es un centro público, no sólo porque dependen de la Dirección General de Formación de Adultos, sino también porque está gestionado por dos asocia-

ciones de participantes, «Àgora» (asociación de alumnos y ex alumnos) y «Heura» (asociación de mujeres), además del conjunto de personas que colaboran tanto en tareas de docencia como de organización. Por ello, son las propias personas del barrio las que hacen posible una experiencia tan rica como ésta.

El centro tiene como prioridad ir más allá de los contenidos académicos. Propone sus actividades hacia un aprendizaje integral, desde el que potenciar las relaciones interpersonales entre sus participantes y entre éstos y su entorno. Es por ello por lo que desde los órganos de gestión hasta la metodología de las sesiones, tanto en la formación reglada como en la no reglada, se basan en una óptica dialógica. La base fundamental del aprendizaje dialógico es que toda persona posee unos conocimientos, aunque éstos no sean reconocidos desde la cultura dominante, y que estos conocimientos se transmiten, se enriquecen, mediante el diálogo. Es desde esta opción comunicativa como se es-

tablece una relación horizontal, donde las aportaciones del profesor o de la profesora no tienen más valor que las de los alumnos, sino que son consideradas igualmente válidas, entendiendo todas las opiniones desde un punto de vista crítico y autónomo, basándose en el respeto mutuo. Cada persona saca sus propias conclusiones, contrastando sus conocimientos con las aportaciones del grupo y multiplicando sus saberes mediante el intercambio y el compartir.

Se crea una línea de actuación, una perspectiva desde la que se rompen barreras hacia la participación. Una perspectiva desde la que cualquier edad, procedencia, etnia, género... encuentra un lugar y, lo que es más importante, donde su voz puede ser expresada. Donde las personas se convierten en creadores de su proyecto. Donde las personas creen en la transformación y en las posibilidades.

Centro de Educación de Personas Adultas «La Verneda-Sant Martí»

vir a Cardedeu por mediación de una hermana. Allí mejoró considerablemente su condición material de vida; sin embargo, su añoranza de la madre la indujo a escaparse y regresó a las barracas.

Victoria, una simpática joven gitana, advierte que a veces «somos racistas por la necesidad». Además, pide comprensión para «los moros» y alerta sobre el peligro de «la discriminación por motivos de raza». Antes, un par de mujeres de su etnia han recordado la dureza con que su comunidad fue tratada por los payos en un tiempo no muy lejano, en la llamada Perona. Se oyen voces de disensión, pero no se entra a fondo en el asunto. Da la impresión de que éste tiene algo de tabú.

Son muchas, en suma, las voces que se oyen gracias al pretexto de una exposición sobre el pasado. Muchas las razones y muchos los sentimientos. Y también hay matices, apenas esbozados, de Rafaela. Y lamentos cargados de una cierta indignación serena por parte de Josefá, que es de Guarromán, Jaén: «Yo he sido a veces acusada de “chamega”, y no es justo. Barcelona la hemos hecho muchos: los andaluces, los maños, los gallegos...».

Inevitable para un servidor —que ha sido estudiante de Historia, para más inri contemporánea—, tras asistir a tan estimulante sesión de ajuste de cuentas con el pasado, recordar el título de aquel bello e interesante libro de historia oral de Ronald Fraser: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros...*

La reunión se acaba, y cuando la gente se dispone a abandonar la sala con inevitable ruido de sillas, Montse realiza con absoluta familiaridad una oportuna puntualización: «Está muy bien comentar, pero mañana escribiremos sobre todo esto».

Montar un hotel

A las ocho de la tarde el pasillo principal de la escuela parece el andén de una parada de metro del centro de la ciudad en hora punta: está abarrotado de gente. Ahora se capta como en ningún otro momento del día la vida que moviliza consuetudinariamente este centro.

Justo a esa hora comienza la clase de inglés —la más corta del día: dura una hora— que imparte Mireia. Aquí el alumnado no llega a las 20 personas y se percibe en él un aire ligeramente di-

ferente al de las clases visitadas con anterioridad. Por otra parte, en este grupo la gente es, en general, bastante más joven. En definitiva, lo que sucede es que el nivel es diferente, y probablemente también las ocupaciones laborales. Lo que en todo caso no cambia en absoluto es el *buen rollo* ambiental y la espléndida disposición, en este caso, de Mireia.

Hoy toca representar un diálogo que tiene lugar en la recepción de un hotel. Para ello se distribuyen fotocopias y se utiliza también un cuadernillo que todo el mundo tiene. Se recurre asimismo al, en estos casos, clásico magnetófono. Con la ayuda de éste, una cinta reproduce un diálogo que sirve de modelo y que los participantes tienen escrito íntegramente en el papel. Luego, siguiendo el modelo, escucharán palabras y frases que habrán de entender y poner por escrito en unos recuadros en blanco dispuestos para la ocasión.

Hasta cuatro veces se escucha el contenido de la cinta. Y una vez dadas las respuestas, se realiza una nueva audición previo ruego de prestar atención a la misma. Aquí nadie tira la toalla.

Tras este primer ejercicio, se forman grupos de tres o cuatro participantes y Mireia pide representar la escena trabajada. El guión, es evidente, está muy elaborado. Durante unos minutos los grupos trabajan sin bajar la voz, pero nadie se excede. Se habla, sí, mas se trabaja realmente. Mireia va *visitando* cada grupo y observa y hace sugerencias.

Nada más empezar la función, un hombre de unos 40 años da muestras de una fonética algo defectuosa y todo el mundo se ríe sin malicia. La profesora aprovecha para sugerir recurrir a la improvisación. Ella lo tiene claro: todo va bien. Al concluir el ejercicio no ha tenido inconveniente en manifestar a todo el mundo que «ya podríamos montar un hotel».

Cinco minutos antes de que acabe la clase se pasa a un ejercicio —variación del anterior— cuya finalidad última es enriquecer el vocabulario de los participantes.

■ Al final de la jornada

El día toca a su fin. Ha sido movido y excitante, pero el esfuerzo ha merecido la pena. He quedado con Montse en que antes de marchar hablaré con ella y con algunos de sus compañeros y compañeras —María y Conchi, entre otros— para intercambiar brevemente impresiones. Así sucede.

En una de las paredes de la sala en la que nos reunimos hay colgada una foto de Paulo Freire. No es ni mucho menos la única presencia del barbudo de Recife en el centro: en más de un rincón del mismo es posible encontrar un dibujo con Freire a la sombra de un árbol y unos cuantos de sus célebres aforismos. Se me ocurre preguntar por la etiqueta de «freiriano» que mucha gente ha colgado al proyecto de La Verne-da. Alguien me responde lo que sigue: «Hay una base freiriana en la escuela, sí, pedagógica-

mente. Pero también hay una base habermasiana, sociológicamente. Porque nos basamos en todo lo que es la teoría de la acción comunicativa, nos basamos en el diálogo, nos estamos basando en una serie de cosas que sociológicamente no son Freire, si bien él asume toda esa parte comunicativa. Nos sentimos más freirianos no tanto teóricamente como por conexión, simplemente porque lo hemos conocido. Porque no es una persona alejada de lo que es la escuela, sino que ha vivido la escuela. En fin, que un día lo conoces y resulta que Freire era freiriano».

Jordi, veterano colaborador, entra en la sala. Me lo presentan y me esbozan su biografía intelectual: «vernedino» de toda la vida, obtuvo el graduado escolar en el centro y, como otros y otras, ha seguido adelante; no sin ironía, alguien lo define como «un fracaso escolar que está dando clases en la universidad» (en la Facultad de Magisterio). Su singular caso me ayuda a realizar unas últimas cavilaciones. Pienso, entre otras cosas, en que tras una jornada muy particular he confirmado uno de los citadísimos y difundidísimos aforismos de Freire (los cuales, he de confesarlo, me parecen más bonitos que cargados de momentos de verdad): en La Verne-da, en 20 años de existencia, se ha conseguido transformar de forma tangible las dificultades en posibilidades (Jordi es en gran medida un ejemplo de ello) y luego consolidarlas. Y no ha sido fácil, pues, según me cuentan, ha habido que superar fases de todo tipo: desde unos orígenes de subsistencia reivindicativa y de asentamiento de unas mínimas bases, hasta un período duro que nadie olvida marcado por el peligro de una institucionalización que amenazó en su día el sentido profundo de todo el proyecto.

Ahora bien, de cuanto he visto aquí lo que más placer y emoción me ha proporcionado ha sido comprobar cómo el determinismo respecto al destino de muchas vidas es en ocasiones más o menos reversible. Por condiciones objetivas y por estadística sociológica, se diría que la mayoría de los «vernedinos» parece condenada a marchitarse viendo Tele 5. Pues bien, en el barrio, la escuela —y no sólo ella— ha cambiado en alguna medida eso. Ver a personas que, por encima de las dificultades que les impone la vida cotidiana y por encima de un modelo de vida dominante asfixiante hasta la despersonalización, se afirman y desean aprender (enseñando también, aunque no lo crean o lo ignoren) es algo impagable. Fue Pabolini quien dejó dicho algo que me sirve a la perfección para cerrar este reportaje: «[...] Expresarse —aun en medio de los aprietos más angustiosos— siempre es maravilloso». □

* Josep Maria Cuenca es periodista.

Más información:
Centre d'Educació de Persones Adultes «La Verne-da-Sant Martí».
Selva de Mar 215, 5°.
08020 Barcelona.
Tel./Fax: (93) 308 97 93.